

## RECENSIONES

JOSÉ ACOSTA SÁNCHEZ: *El imperialismo capitalista (conceptos, periodos y mecanismos de funcionamiento)*, Editorial Blume, Barcelona, 1978, 363 pp.

Múltiples han sido las veces que se nos ha indicado—y, por supuesto, también se nos dice en las páginas de este libro—que el sistema capitalista ha sido colonialista desde su mismo nacimiento; en realidad—puede añadirse—el capitalismo llega a ser un sistema a causa del colonialismo. Los financieros, comerciantes e industriales consiguieron ser una clase lo bastante fuerte como para destruir al feudalismo en sus países, gracias a la fuerza económica que les proporcionó el colonialismo. Antes de conquistar el poder político en su patria, tenían un poder colonial...

Por otra parte, cosa que nos recuerda el doctor Acosta Sánchez, la arena imperialista ha sido siempre un buen desagüe para la lucha de clases exacerbada, o las amenazas revolucionarias en el interior de las sociedades capitalistas. Recordemos dicho componente imperialista a la hora de explicar la vertiginosa expansión colonial de finales del siglo pasado. En plena crisis económica mundial, tras la gran depresión de 1873, vivo el ejemplo revolucionario de la Comuna de París (1871), que había quedado sellado en la mente de toda la burguesía europea, y en medio de una constante agitación obrera, se entienden perfectamente las palabras de Cecil Rhodes (fundador de Rhodesia), en Londres, en 1895: «Si queréis evitar la guerra civil debéis convertirlos en imperialistas.» Las relaciones de dominación y explotación que definen al imperialismo producen dos efectos simultáneos: aseguran la ampliación de la acumulación de capital en el centro del sistema, es decir, *desarrollan* las sociedades que lo integran, y *subdesarrollan* las de la periferia. Lógicamente, nos asegura el autor del libro que inspira el presente comentario, carece de todo rigor científico hablar de subdesarrollo fuera del contexto mundial del capitalismo. Una sociedad subdesarrollada no es una sociedad precapitalista, sino otra que padece las relaciones de dominación y explotación del imperialismo capitalista. Tampoco una sociedad subdesarrollada es, simplemente, una sociedad *atrasada*. Por esta última se entiende una sociedad tradicional, con una estructura coherente, con un orden, en suma, aunque sea arcaico. Una sociedad subdesarrollada es, por el contrario, una sociedad tradicional *dislocada* no «en transición hacia la modernidad», sino «terminada como sociedad dependiente, periférica y, en este sentido, *bloqueada*».

En otro lugar de la obra objeto de nuestro análisis, el doctor Acosta Sánchez se apresura a destacar que, aunque parezca paradójico, el primer Estado que interviene en el dominio imperialista del capitalismo no es el Estado burgués, o Estado capitalista propiamente dicho, sino el llamado Estado

absoluto, es decir, la última forma de Estado feudal. Ello explica la característica esencial del primer período histórico del imperialismo —al que nosotros denominamos *pre-colonialismo*—: su *irregularidad política*, en el sentido de que no son órganos propiamente estatales, sino paraestatales (corsarios y compañías de comercio y navegación), los que realizan las tareas de dominación imperialista en la periferia de Europa. Considera el autor, en todo caso, que a la formación del imperialismo concurren otras causas no menos importantes que la anteriormente señalada. Así, por ejemplo, además de la acumulación de riquezas universales en el centro y norte de Europa, el otro gran resultado del primer estadio imperialista fue la creación del mercado mundial, a partir de los grandes descubrimientos realizados por portugueses y españoles, y la articulación, por primera vez en la historia de la Humanidad, de todos los continentes de la tierra. Ello en función de las necesidades de ese nuevo modo de producción que se estaba gestando en Occidente e iba a revolucionar al mundo, desde Inglaterra, donde primero aflora: el capitalismo. Dicho en otros términos, se va a trazar entonces la infraestructura del sistema económico que vemos hoy desarrollado a escala mundial.

La apertura del mercado mundial constituiría, sin duda —según la opinión del doctor Acosta Sánchez—, la base externa de la revolución industrial inglesa: «Inglaterra poseía una industria bien equipada para acaudillar la revolución industrial..., que requería... un mercado mundial ampliamente monopolizado.»

Dejando al margen los factores coyunturales que hicieron posible en su momento la hegemonía imperialista —y a los que no es preciso volver, dado su carácter esencialmente histórico—, lo cierto es que el imperialismo posee una técnica, un mecanismo especial para alcanzar justamente el cumplimiento de sus objetivos. Cuando el comercio exterior, pongamos por caso, abarata los elementos del capital constante..., contribuye a hacer que aumente la cuota de ganancia, al elevar la cuota de plusvalía y reducir el valor del capital constante. Si el simple comercio exterior produce esos efectos, con mucha mayor eficacia e intensidad lo lograba el comercio entre metrópoli y colonia, estando ésta lo directamente dominada y siendo factible a aquélla el simple saqueo o expoliación de los elementos del capital constante (materias primas industriales, energéticas, etc.). La ampliación de los imperios coloniales europeos a partir de la revolución industrial inglesa está totalmente justificada desde esta perspectiva. El caso de la India, con el algodón, es modélico; sin el algodón indio colonizado no hubiera funcionado la industria textil inglesa.

Considera el autor que el auge del imperialismo —auge alcanzado precisamente en nuestro siglo— se debió esencialmente al hecho de la inequívoca decadencia europea. En efecto, la liquidación del colonialismo europeo se salda para Norteamérica bajo la forma de una redivisión imperialista en su favor y bajo nuevas formas imperialistas. Sin que quepa olvidar que el capital monopolista europeo estaba ya también preparado para ejercer el nuevo imperialismo en las antiguas colonias. Lo que queremos enfatizar es que la iniciativa en el nuevo camino la llevaba Norteamérica. Y ella fue la que capitalizó la nueva reestructuración del imperialismo a nivel mundial.

Los condicionamientos evidentes de la «guerra fría» —sistema de alianzas de los Estados Unidos con las potencias colonialistas, la necesidad estratégica de frenar determinados movimientos de liberación colonial, etc.— no

## RECENSIONES

paliarían el interés objetivo de la potencia hegemónica en el reajuste imperialista que implicaba la descolonización. Es más, precisamente las condiciones de la «guerra fría» aceleran en áreas claves el proceso de sustitución del colonialismo europeo por el imperialismo norteamericano (el caso de Indonesia es revelador al respecto). Es obvio el indicar que, naturalmente, el capitalismo no pasó a integrarse en su forma estructural imperialista suprema sin antes haber fijado las condiciones que asegurasen de alguna manera su radical subsistencia. Así, por ejemplo, cuando se habla de la *balcanización* de Africa y Asia, de las economías deformes del llamado Tercer Mundo, del monocultivo imperante en las antiguas colonias, de economías orientadas hacia los sectores exportadores, de las redes internacionales de crédito controladas por y para las naciones más ricas de la Tierra, de la manipulación internacional de los precios de las materias primas, cuando se habla, en suma, de *subdesarrollo* se está aludiendo a esas condiciones puestas por el modo de producción capitalista a lo largo de siglos de colonialismo para asegurarse su reproducción y el control del mercado mundial, para asegurarse, en definitiva, su siguiente periodo imperialista.

Considera el autor de la obra que analizamos, a la vista del ingente número de testimonios en torno de la pretendida crisis imperialista norteamericana, que en rigor no se puede hablar de «crisis general del imperialismo» y de «reactivación de las contradicciones ínterim imperialistas» sin poner en cuestión paralelamente la hegemonía imperialista vigente. Puesto que, tanto histórica como teóricamente, las dos primeras premisas implican, aunque no llegue a materializarse tal implicación fatalmente en un futuro, una situación tendencial de equilibrio entre el poder de los distintos polos del centro del sistema capitalista. Y tal equilibrio tendencial supone en sí mismo una amenaza a la hegemonía de turno; hegemonía que nació de un desequilibrio de poder anterior en el sistema: el provocado por las condiciones de la Segunda Guerra Mundial, como el doctor Poulantzas reconoce. Más escuetamente: cuando este autor reconoce la «eliminación de ciertos rasgos» de la hegemonía norteamericana está, lo quiera o no, reconociendo un declive relativo de dicha hegemonía. Con ello no prejuzgamos, nos dice el doctor Acosta Sánchez, ni el fin del proceso—la liquidación efectiva de la hegemonía imperialista de los Estados Unidos—, ni siquiera la continuación del mismo—sabemos, ciertamente, que la crisis energética ha sido capitalizada por Norteamérica para frenar la rivalidad de Japón y Europa—. Lo que afirmamos sencillamente es el declive histórico tendencial de las nuevas condiciones del mercado mundial capitalista a partir de la reconstrucción de las economías occidentales y la de Japón devastadas por la Segunda Guerra Mundial. Más cerca que de la posición de Poulantzas nos encontramos de la de Richard Lawrence, cuando afirma: «Está claro que la dominación del capital americano sobre el mercado capitalista mundial toca a su fin.» Lo que no quiere decir que ese «fin» sea, ni inmediato ni inmediatamente, catastrófico para el capitalismo, sino que, probablemente, el sistema está pasando de una fase de desequilibrio/hegemonía a otra de equilibrio/rivalidad entre los distintos centros de poder que componen su centro. Y tenía que ser así tras el estrechamiento del mercado capitalista mundial, que imponía, de una parte, la reconstrucción de los aparatos productivos de las potencias devastadas en la Segunda Guerra Mundial, y de otra, la importante merma de las áreas de Asia y Europa oriental arrastradas por la revolución socialista.

## RECENSIONES

En las páginas finales del libro aborda el autor el estudio de los nuevos mecanismos que el imperialismo ha puesto en órbita para eludir, precisamente, la cristalización de la crisis que le amenaza. «Cuando hablamos de nuevos mecanismos imperialistas—subraya el doctor Acosta Sánchez—no hacemos sólo referencia a unos cauces específicos de drenaje de diversas formas de valor, típicos de la fase actual del imperialismo y claramente diferenciados de los cauces imperialistas permanentes (exportación de mercancías, de capitales, expropiación de los recursos naturales de los pueblos de la periferia). Por supuesto que es ésa la significación fundamental de esos mecanismos nuevos, pero nosotros no queremos olvidar una connotación teórica que hicimos respecto a los mismos en nuestro primer capítulo y que es de interés retomar aquí. Allí dijimos que los mentados mecanismos—a los que en términos generales podemos llamar *formas imperialistas parasitarias*, que cabalgan sobre las formas superiores como ciertos pájaros sobre los bueyes, de cuyos parásitos se alimentan—servían a un fin teórico de interés para nosotros: en cuanto en el fondo son formas de pillaje y piratería modernas, que sólo han cambiado, respecto a las formas precolonialistas, en los objetos de las acciones, pero no en su carácter, ponen de manifiesto la constante histórica de la acumulación primitiva del capitalismo; de ahí que hoy se hable de "regreso a las raíces del imperialismo", de "una renovación de la acumulación primitiva"; la piratería, el saqueo, el bandillaje, la trata de esclavos, tales como tantas veces han sido descritos».

En efecto, el imperialismo se nos presenta enmascarado bajo la sugestiva, humanitaria y generosa expresión de la «ayuda» norteamericana. Todos sabemos, en realidad, que la rentabilidad de la «ayuda» para el que la concede no termina en lo expuesto, en particular en el caso de los Estados Unidos. La «ayuda» no sólo financia la exportación de excedentes norteamericanos, a precios más altos en muchos casos de los que rigen en el mercado mundial, sino que proporciona un negocio complementario de fletes de poca importancia a la marina mercante de Estados Unidos—los bienes económicos que son objeto de una ayuda deben, en la mayoría de los casos, ser transportados por barcos de pabellón americano.

En definitiva, subraya el doctor Acosta Sánchez en su interesante libro, el desenlace de la presente crisis mundial del capitalismo dependerá de la capacidad revolucionaria de las fuerzas progresistas llamadas a materializar el paso al socialismo allí donde las condiciones objetivas sean óptimas.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

LINO RODRÍGUEZ-ARIAS: *La guerra civil y los españoles en América*, Ediciones Martín & Macías, Madrid, 1977, 224 pp.

Pocas veces, lamentablemente, el tema de la guerra civil española ha sido estudiado con la objetividad y con la dignidad científica con que, ciertamente, lo ha realizado el profesor Lino Rodríguez-Arias. Tres son, sin duda, las constantes que han permitido al autor de las páginas que comentamos emprender tan sutil y logrado análisis: su nobleza, su contacto directo con la dramática circunstancia histórica de 1936-1939 y, por supuesto, su sólida

## RECENSIONES

formación iusfilosófica. No es la primera vez que glosamos una obra de este eminente jurista—en las páginas de esta misma publicación hemos dado a conocer algunos de sus libros—, minucioso conocedor del mundo hispanoamericano y apasionado enamorado de España. Todas estas circunstancias han hecho posible la presencia editorial de las cuidadas páginas de su libro, en el que felizmente nos es posible advertir, entre otras muchas vertientes, dos que cabe considerar de excepcionales: el dictamen jurídico sobre nuestra feroz contienda y la presencia española en el mundo iberoamericano.

Su dilatada experiencia cosmopolita—experiencia obtenida tras fructíferos años de residencia en Panamá y en Venezuela (ha impartido provechosas enseñanzas en la Universidad de Panamá y en la Universidad de Los Andes)—, justamente, le ha permitido el observar con sugestiva diafanidad lo que nuestra nación significa en los momentos actuales para las nuevas generaciones que, desde hace unos lustros, van ocupando los lugares de privilegio en el mundo iberoamericano. El distinguido jurista hispanoamericano, en otra época profesor de la Universidad de Salamanca, pone ante nosotros una vertiente que difícilmente, desde nuestra propia plataforma continental, hemos acertado a ver: *el innegable internacionalismo hispánico. España*—nos dice en las páginas del libro que ocupa nuestra atención—*es la avanzada de América Latina en Europa*. Y todavía sería mucho más profunda esa influencia y más enhiesta esa presencia de España en el mundo si, en verdad, los españoles actuasen con conciencia más plena y rigurosa de la importancia capital de su papel. Desde América, subraya el profesor Lino Rodríguez-Arias, las cosas se ven más claras. La gran cualidad del mundo hispanoamericano estriba precisamente en que América enseña a olvidar rencores y a contemplar el mundo a través del prisma de la hermandad y de la tolerancia. Ojalá, en el futuro que ya es presente, estas cualidades salpiquen a los espíritus españoles y los impelen a construir una sola España, acabando con el mito de las dos mitades...

En la medida que los españoles se compenetren con ese sentido espiritual de su historia—considera el distinguido jurista de Los Andes—se identificarán más con los pueblos iberoamericanos y ofrecerán al mundo un «modo de ser» auténtico que les revestirá de fisonomía propia en lo universal. Es desde este *basamento ético* sobre el que se debe empezar a construir la nueva España, la del futuro. Porque está fundada en roca viva, en creencia firme, abierta y no dogmática. Entonces será llegado el momento de adecuarse a los avances tecnológicos, para ponerlos al servicio de una visión integral del hombre. *Crear que con la incorporación a Europa volverán los años de las «vacas gordas», del apogeo material, de la vida fácil y el despilfarro, de la tracalería y del «aquí no ha pasado nada», es un grave error*. Esta imagen de la sociedad española quedó atrás. Ahora es menester proyectar en lo universal otra imagen más límpida, más moral y más permanente. Menos autoritaria, menos hipócrita y menos corrompida. ¡Amamos a una España en eterno abrazo con Iberoamérica!

Ahora bien, nos advierte el autor muy seriamente, el pensamiento y la esperanza latinoamericanos son, en la actualidad, muy específicamente propios. La España inmortal se ha convertido en un mito que, hasta que no se demuestre lo contrario, sigue siendo ineficiente para producir motivaciones de un destino común con la América Latina. Porque el hombre de negocios español mira a Europa como presa de lucro; el político ha forjado su mentalidad en los esquemas ideológicos europeos, y tan sólo un grupo selecto

## RECENSIONES

de intelectuales peninsulares se afanan por enraizar el porvenir de España y de Latinoamérica, pero aún carecen de poder suficiente para estructurar los mecanismos necesarios para que este ensueño quijotesco plasme con vitalidad de vigencia en la realidad iberoamericana.

Centrándose en el tema que da título a las páginas que justifican el presente comentario, subraya el autor, ciertamente, que la institución republicana, a pesar de los sueños que al respecto se trazaron, constituyó ante todo un cúmulo de fuegos artificiales y de estridencias. En rigor, piensa el profesor de Los Andes, a nadie pudo coger de sorpresa el resultado final de política tan nefasta. Desde muy pronto hubo claros indicios del desastre que se avecinaba, puesto que ciertamente la situación de la Monarquía se hacía cada vez más insostenible. El paso por el Gobierno del general Miguel Primo de Rivera fue, como mal menor, una solución provisional—con logros evidentemente positivos—: aparte de impulsar un plan de obras públicas, muy característico de estos regímenes, contribuyó a la «despolitización» del pueblo español con una acción política de visos muy rudimentarios, que fue incapaz de enrumbar al país por nuevos derroteros que acortasen la distancia que le separaba del progreso alcanzado por el resto de Europa en lo cultural, en lo económico y en lo social.

Con el advenimiento de la República se cayó ciertamente en la trampa saducea de rigor: la creencia de que se había restituido la soberanía popular. ¡Qué lamentable fue—comenta el autor del libro que glosamos—que un Gobierno integrado en una buena parte por personalidades egregias y bien intencionadas se dejara amedrentar por turbas que obedecían ciegamente a intereses inconfesables y cuyos responsables no se movían por otro objetivo que el de destruir una República joven y sin arraigo histórico, que los republicanos no tuvieron el coraje de defender! Desde este momento se entronizó en España la demagogia avivada desde la extrema izquierda y desde la extrema derecha. Aquélla consumaba toda clase de actos vandálicos, sin que las autoridades se atreviesen a intervenir, en una histeria sin fin y en una loca alegría. Los energúmenos se apoderaron de las calles y pueblos del solar hispano. También es menester que se sepa—puntualiza el profesor Lino Rodríguez-Arias—que la España postergada durante siglos por una casta oligárquica e insensible a sus miserias y penalidades anidaba en su pecho a la hora de la *revancha*—muy característico de un pueblo frustrado—contra una jerarquía eclesiástica y un clero que, en su gran parte, había sido el aliado y el lacayo de quienes le explotaban. De este modo trataron de identificar los intereses sagrados de la Iglesia con los bastardos de la clase dominante española.

En definitiva, tras los dramáticos actos que todos conocemos, la joven República española desembocó en la sublevación del 18 de julio de 1936, que costó a España un millón de muertos, quizá medio de exiliados, quedarse sin sus reservas de oro y plata (pues hasta las cajas de seguridad particulares fueron saqueadas en los bancos), la destrucción y desaparición de riquezas artísticas, su ruina material y económica y, sobre todo, su herida profunda en el corazón de la España eterna y la frustración de una generación, hasta el extremo que aún no ha conseguido rehacerse—ni espiritual ni políticamente—de trauma tan horroroso, tan desconcertante y tan insensato.

Tras un detenido análisis de las escenas bélicas, especialmente de las vividas en los pequeños pueblos de España, el autor vuelve a profundizar

## RECENSIONES

en la vertiente supranacional española y, por supuesto, desde el prisma de observación de Hispanoamérica. España—nos dice— cuenta en América con una colonia prestigiosa que posee ascendientes en las naciones latinoamericanas. Es hora, pues, que esta reserva moral y trabajadora sea atendida como se merece y se la respalde debidamente a fin de que juegue el papel que le corresponde por su dignidad. Esta será la mejor oportunidad que se le presente a los peninsulares para volver los ojos hacia estas tierras, por aquello de que la caridad empieza por casa. Los españoles en América constituyen el mejor fermento de una auténtica hispanidad que aspira a un acercamiento a estos países con el firme propósito de lograr mutuos beneficios en lo espiritual, en lo cultural y en lo económico.

Nos indica el profesor Lino Rodríguez-Arias algo realmente importante, a saber: que España ha cambiado profundamente desde el final de la trágica contienda civil y, además, lo realmente extraordinario de este cambio es que, en honor a la verdad, los españoles patrios—los que han permanecido inmóviles en España—no se han apercebido todavía de la profundidad de ese cambio: «... cuando uno regresa a la patria de origen después de vivir largos años en América Latina—escribe el autor del libro que comentamos—se percata de que algo ha cambiado profundamente y de que uno, sin dejar de sentirse español, se encuentra, sin embargo, más alejado de la península y más entrañablemente unido a la tierra americana. Esta actitud obedece a un razonamiento muy sencillo, que consiste en reconocer—consciente o inconscientemente—que los valores hispánicos permanecen con más honda autenticidad en el haz de pueblos ibéricos allende el mar Atlántico. Estos conservan con más celo las tradiciones y las costumbres hispánicas. Su música popular, su modo de vivir, su generosidad hacia el prójimo, la ausencia de envidia como nota característica del cotidiano ser, el desconocimiento de la blasfemia..., le remontan a uno hacia un pasado español que en la propia España ha dejado de ser recuerdo ya hace largo tiempo, porque corren vientos ahora allí de modernización y exotismo».

Consecuentemente, hay que vivir un tiempo en América para darse cuenta de que se tiene una sincera admiración por lo español y de que se resiente el desconocimiento que tiene España de estos pueblos ibéricos. Y todo esto es así debido a que los españoles padecen un *complejo de inferioridad* respecto a Europa, del que quieren resarcirse considerándose superiores a los latinoamericanos. Esta es la causa por la que el emigrante español ha sido siempre motejado despectivamente en su pueblo aborigen; es el que salió de su tierra natal diciendo «haiga» (en vez de haya) y regresa después de años de haber trabajado duramente para amasar un mejor o peor pasar, siendo todavía «haiga». En el fondo, es el desquite de la envidia, tan arraigada en el alma española, de los que ven transcurrir su vida sin hacer nada de provecho, viviendo a costa del Estado, de las rentas (ya afortunadamente los menos) o del pluriempleo (que es la forma de decir que se trabaja en muchas cosas para percibir varios emolumentos y no hacer nada seriamente), cuyos sueldos se van en diversiones, en el bar y en aparentar, viviendo siempre «sobre-girados».

Se quiera o no, sugestiva conclusión a la que llega el profesor Lino Rodríguez-Arias, *aunque España, geográficamente, está en Europa, es obvio que espiritualmente pertenece a Iberoamérica*. Y si no quiere dimitir de sí misma, no le queda otra solución que reconocer esta gran verdad y volver por los fueros que le señalase la «sinfonía incompleta» que nos legaran

## RECENSIONES

monseñor Vizcarra, Ramiro de Maeztu, García Morente, Antonio Vila y tantos otros que abrieron surco en la senda de una auténtica hispanidad. Esta gran verdad, sobre todo, pretendemos que contagie los corazones de las nuevas generaciones, que todavía sean capaces de albergar en ellos—a pesar del fatigante materialismo que les circunda y agobia por doquier—un poso de ideal romántico en discordancia con el ambiente metalizado en que se encuentran inmersas. A tales generaciones les corresponde empuñar la antorcha encendida hasta el presente por lo que ciertamente fuimos tocados mágicamente por tan noble y excelso ideal...

El proceso de industrialización de España, subraya finalmente el autor, es un hecho, y no menos lo es el de su gradual *deterioro moral*. Auspiciemos el primero y tratemos de corregir el segundo. Nuestros pueblos jamás serán fuertes sin un basamento de moralidad. Es por eso que hemos achacado a España de emprender un camino de renunciamiento a sí misma. Porque, en estos últimos tiempos se ha dejado deslumbrar por lo material y ha postergado las conquistas y luchas morales. Grave error que aspiramos rectifique en beneficio de sí misma y de todos los pueblos de su estirpe. En esta empresa estamos embarcados con tesón para el bien de todos sus hijos. Y esperamos que nadie confunda nuestra posición moralista ni con un clericalismo desprestigiado, ni la restrinja tanto que se crea la reducidos exclusivamente—como hacen los católicos convencionales—al *Mandamiento del sexo*. Que se repudie con el mayor énfasis a quienes estafan y explotan a sus hermanos, y tienen las agallas muy anchas para tragar carros y carretas sin el menor empacho y con absoluta ausencia de remordimiento de conciencia. Como puede advertirse, moral hipócrita y acomodaticia, que ha contribuido a la corrupción de la humanidad hasta extremos deleznable.

España tiene, además, que ensayar un nuevo programa educativo—gracias al cual no se repitan las funestas lecciones acontecidas en su pasado—: *la educación del diálogo de la juventud*. En efecto—concluye el autor—, la juventud viene a configurar la vanguardia de la historia y el núcleo neurálgico cuyo desarrollo hay que registrar con atención para evitar que se frustre. A este propósito hay que educarla en el *diálogo*, acostumbrarla a disentir mediante un acusado espíritu crítico, pero también a saber escuchar, aceptar la opinión ajena y las decisiones mayoritarias—con plena convicción democrática—, a cuyo fin tendrá que aprender a frenar sus impulsos y arrebatos y a no pretender imponer su criterio sino a través de la persuasión y del convencimiento.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

THIERRY DESJARDINS: *Les rebelles d'aujourd'hui*. París, Presse de la Cité, 1977, 336 páginas.

Como dice Thierry Desjardins, «se quiera o no, el mundo de hoy está en rebelión».

Pues bien; el objeto del presente libro es, precisamente, el estudio de los movimientos insurreccionales de nuestro tiempo. El autor los conoce íntimamente por haber vivido su vida, y, a veces, sus dolores (en el Chad, en el



## RECENSIONES

Sahara, en el Kurdistán, etc.). Y esta experiencia la autoriza a describir y explicar francamente motivaciones, fuerzas y debilidades de las varias rebeliones contra los Poderes establecidos en la hora actual.

\* \* \*

Pues bien; el autor distingue entre: a) Rebeliones étnicas: las del Chad, Eritrea, Kurdistán, Ba'uchistán, Nueva Guinea y algunas de Birmania. Se trata de rebeliones formadas por gentes humilladas por las etnias que dominan su país, y sus reivindicaciones se limitan generalmente a una demanda de autonomía interna. b) Rebeliones nacionalistas: Sahara Occidental, Timor. Se trata de luchar contra la sustitución de un colonialismo por otro. c) Rebeliones políticas: Dhofar, ciertos movimientos de Birmania.

Aparte de la mentada clasificación, T. Desjardins distingue entre: a) los movimientos rebeldes de que la opinión pública occidental oye hablar frecuentemente, aunque tenga una idea bastante vaga de ellos, y b) las rebeliones desconocidas: movimientos «perfectamente ignorados del gran público occidental».

Fijando nuestra atención en los movimientos más o menos conocidos, tenemos:

i) El Frolinat—Front de libération nationale du Tchad— (pp. 27-62), con: α) el problema de que en el Chad, «de hecho, el Estado no existe» y β) el hecho de que «la vida política, económica, social no existe» (p. 43).

ii) El Polisario (pp. 63-126), con: α) la descripción de la *marcha verde de «pobres diablos»* (pp. 89-94), calificada como operación de un pueblo «famélico, miserable, oprimido por una dictadura frecuentemente cruel», pueblo que no comprendía «que participaba en una operación imperialista, colonial, que no tenía otro fin que reforzar el régimen que era él el primero en sufrir» (p. 89); β) el dictamen del Tribunal Internacional de Justicia: verdaderamente, «este 'proceso' de La Haya no era más que una pobre comedia jurídica» (cf. página 83).

iii) El Frente de liberación de Eritrea (pp. 127-181), con el desencadenamiento de «una guerra de independencia, una guerra religiosa, una guerra social» (vid. p. 151).

iv) El Frente de liberación de la Costa de los Somalíes (pp. 183-208), afectando a «una parte de desierto, sin interés», pero «asombrosamente bien situada» (cf. p. 183).

v) El caso de Dhofar (pp. 209-242). Aquí ha de destacarse el solo objetivo de los rebeldes: hacer la revolución (p. 216), ante un régimen político que había prohibido (p. 214) «todos los símbolos de un progreso ... juzgado incompatible con el respeto al Corán» (¡hasta el agua corriente!). Ahora bien; rebelión (1965-1976) que era derrotada por una conjunción de fuerzas exteriores. Y, a este respecto, puede recogerse la alusión a «una cierta *pax americana* en la región, *made in Iran*» (p. 282), etc.

vi) El Frente de liberación kurdo (pp. 243-283), con todo el drama del pueblo kurdo, tras la creación «perfectamente artificial» de un Reino del Irak por Gran Bretaña—la ambición del petróleo— (cf. p. 250).

\* \* \*

## RECENSIONES

En el caso de las rebeliones desconocidas, nos encontramos con:

i) La rebelión del Baluchistán (pp. 287-299), con el Frente de liberación popular del Baluchistán. Tema en el que se ha de partir de la «monstruosidad intelectual» que suponía la creación de Pakistán (vid. p. 291), para desembocar en el problema de la descentralización como una oportunidad de supervivencia del Estado pakistaní (cons. p. 293).

ii) El Fretilin—Frente Revolucionario para la independencia de Timor— (pp. 301-311), con hechos tan notables como la huida de la Administración portuguesa del país (p. 306) y *el imperialismo de Indonesia*, bien probado «en el curso de su breve existencia» (cf. p. 303).

iii) La rebelión de Papuasia-Nueva Guinea Occidental (pp. 313-318), con los pamúes «cortados del mundo» condenados a «una guerrilla interminable».

iv) Las rebeliones de Birmania, que «no es un país» (pp. 319-324).

\* \* \*

Obra que no se limita a la valoración aislada de los movimientos insurreccionales, sino que los ofrece insertos en la dinámica mundial. En este orden de cosas, es de subrayar que el libro comentado lleva expresivos mapas de las áreas afectadas por los movimientos de rebelión, así como —al principio— un mapa de! mundo rebelde, incluidos los «relais» de los rebeldes.

Parejamente, obra de lenguaje simple y directo.

En fin, libro que aúna la lucidez con el escepticismo que da la experiencia. En esta línea deben colocarse la Introducción y la Conclusión de la obra: elementos *desmitificadores*, que deberían ser meditados por los teóricos tercermundistas que pontifican en las metrópolis del mundo industrial, pero a los que bien pocas veces se les ve aproximarse—para enterarse— a los lugares críticos del atormentado mundo de nuestros días. Y, en ese mismo contexto, es de tener en cuenta cómo el volumen de Desjardins toma a los hombres por lo que son y no por lo que ellos querrían hacer creer que podrían ser...

Pues bien; situados en esa tesitura, vamos a desglosar algunos conceptos previos y algunas ideas clave del pensamiento de T. Desjardins:

a) Los conceptos previos pueden resumirse, en la más concisa abreviatura, de la siguiente forma (vid. p. 22):

i) El mundo está gobernado por antiguos rebeldes. Todos los grandes cambios de la Historia han sido iniciados por rebeldes.

ii) Cuando entra en conflicto la legitimidad con la legalidad, da lugar a una rebelión. En el tercer mundo, la legalidad no tiene sentido, como tampoco lo tienen las nociones de derecha o de izquierda.

iii) Las alianzas de los rebeldes no permiten identificar su movimiento.

iv) La Historia jamás quema etapas.

b) Algunas de las ideas clave pueden ser éstas:

i) Necesidad de atención al ciclo *terrorismo-represión-rebelión*: uno de los elementos motores de todas estas rebeliones. Gracias a él, los peces encuentran —en la célebre metáfora de Mao— el agua que necesitan (vid. p. 326).

ii) Denuncia de «los imperialismos del tercer mundo», con la concomitante inmunidad —«la inmunidad de los países del tercer mundo» (pp. 68 y 81)— que les rodea.

## RECENSIONES

iii) *La relatividad del mundo político internacional*, concretado en este aserto: «Nada es irreversible en política» (p. 236). Una clara evidencia de esto puede ser lo siguiente: la reconciliación Irak-Irán, en nombre del realismo, a costa de los kurdos; el reencuentro Arabia Saudí-Irán; la reconciliación Arabia Saudí-Yemen del Sur y la del Yemen del Sur-Omán.

iv) *Las debilidades de los rebeldes*: la rivalidad entre los jefes de clan —concretamente, la «enfermedad kurda» (p. 253)—; las tendencias rivales en la rebelión eritrea (pp. 159-160); las disidencias en la rebelión del Chad, con la espiral de la «rebelión de la rebelión» (cf. p. 51), etc. Más la frecuencia de las traiciones (particularmente, entre los kurdos: *vid.* p. 278).

v) Una apremiante llamada de atención. Resumiendo, «la rebelión ha venido a convertirse en *un arma moderna*, como la disuasión nuclear», pero, a diferencia de ésta, el recurso a los rebeldes ha sido utilizado desde hace años para atacarse unos Estados a otros. Y, «en esta guerra no declarada a que se entregan los dos bloques desde hace años, con el mundo entero por campo de batalla, todos los golpes están permitidos» (*vid.* pp. 330-331). Por lo demás, se podrían dibujar los frentes de esa batalla en un mapa del planeta.

En todo caso, tenemos —a juicio del autor comentado— que Moscú y Pekín han conseguido —gracias a rebeliones— echar al Occidente del SE asiático, que la URSS ha conseguido —gracias a una rebelión— colocar un puesto avanzado en Cuba y que Moscú ha conseguido —gracias a rebeliones— contornear a Europa por Africa.

Ahora bien; es preciso decir que «el Occidente no parece haber comprendido que los rebeldes podrían ser *útiles*», teniendo en cuenta que la mayoría de las rebeliones son claramente arcaicas, siendo raras las verdaderamente políticas (cf. p. 331). Y T. Desjardins hace apelación aquí a «*una política inteligente*», señalando —por un lado— que el Occidente ha perdido una gigantesca batalla, al haberse dejado engañar por regímenes centralizados y dictatoriales creados por él mismo (p. 332), y —por otro— que estos hombres rebeldes quizá estén mañana en el Poder y «es preciso saberlo» (p. 333).

\* \* \*

El caso es que la labor de «gran reportero» de T. Desjardins —en el *Figaro*, etc.— revela el enorme servicio que pueden rendir profesionales inteligentes del periodismo «cubriendo» *con actualidad* los fenómenos internacionales que politólogos, historiadores, etc., analizan cuidadosamente en sus despachos, pero sin tener la posibilidad de confrontar sus sabias estimaciones con las tristes y duras realidades de *lo cotidiano* de la *revuelta*.

LEANDRO RUBIO GARCIA

VARIOS: *Libros sobre teoría y práctica de las relaciones internacionales*.  
CHARLES REYNOLDS: *Theory and Explanation in International Politics*, Martín Robertson, Londres, 1973, viii-367 pp.  
ROGER MORGAN (Ed.): *The Study of International Relations (Essays in honour of Kenneth Younger)*, Oxford University Press, Londres, 1972, x-309 pp.

## RECENSIONES

- BRIAN PORTER (Ed.): *The Aberystwyth Papers: International Politics 1919-69*, Londres, Oxford University Press, 1972, x-390 pp.
- ALAN JAMES (Ed.): *The Bases of International Order (Essays in honour of C. A. W. Manning)*, viii-218 pp.
- P.-F. GONIDEC: *Relations Internationales*, Editions Montchrestien, Paris, 1974, 477 pp.
- MARCEL MERLE: *Sociologie des Relations Internationales*, Dalloz, Paris, 1974, 436 pp. (Etudes Politiques, Economiques et Sociales).
- KARL W. DEUTSCH: *El análisis de las relaciones internacionales*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1970, 243 pp.
- JOSEPH FRANKEL: *Contemporary International Theory and the Behaviour of States*, Oxford University Press, Londres, 1973, x-134 pp.
- PEDRO LOZANO BARTOLOZZI: *El ecosistema político (teoría informativa de las relaciones internacionales)*, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., Pamplona, 1976, 259 pp.
- AHMED SHEIKH: *International Law and National Behaviour: A behavioral interpretation of contemporary international law and politics*, John Wiley & Sons, Inc., Nueva York, Londres, Sydney, Toronto, 1974, xiv-352 pp.
- G. WARREN NUTTER: *Kissinger's Grand Design*, American Enterprise Institute for Public Policy Research, Washington, D. C., 1975, 111 pp.

Desde que con motivo del catastrófico inventario de la Primera Guerra Mundial las investigaciones en búsqueda de causas y culpables se multiplicaron, las Relaciones Internacionales cobraron carta de naturaleza como disciplina o como campo interdisciplinario, y entraron en la Universidad. Comenzaron los Estados Unidos, el país menos afectado por la contienda, entre las potencias occidentales. Las revistas y tratados comenzaron a ver la luz. Los enfoques que prevalecieron fueron del mundo del *deber ser*: jurídico, moralista, filosófico, utópico... La Sociedad de Naciones estaba a la orden del día. Pero los japoneses, primero, y los alemanes e italianos, después, comenzaron a conmover el mundo. Los que lo habían conmovido antes, los soviéticos, ahora se hacían de orden y trataron de reforzar el criterio de la seguridad colectiva. Pero llegó 1939. Y 1941. Y 1945.

Las Relaciones Internacionales expandieron e intensificaron sus posibilidades. Los escasos realistas de la preguerra eran ahora legión. Pero bien pronto comenzaron a llegar los cuantificadores, los conductistas. Estos, en nombre de la ciencia matemática y del comportamiento, cogieron a todos los demás y los metieron en un mismo saco: los tradicionalistas. La nueva escuela conductista creció y creció. Ya no se trataba sólo de examinar el pasado. Esto hasta podrían hacerlo los historiadores. La guerra fría estaba en marcha a tambor batiente. Había que tomar decisiones y había que racionalizarlas. Los príncipes requerían de consejeros, y no pocos renombrados conductistas de los relacionistas internacionales encontraron buen empleo y buen cobijo. Otros colegas suyos siguieron especulando, arengando, alertando, desde fuera del poder. Tal vez fuera la guerra de Vietnam, que demostró los límites de los nuevos enfoques, cuando lo humano se robotiza, y cuando la complejidad política se reduce a modelos. En la década de los setenta, las aguas han vuelto no a sus viejos cauces de las utopías, ni siquiera al buen sentido de los realistas intuitivos, pero sí fuera de los cauces

## RECENSIONES

automatizadores, y los mejores criterios han tendido a conjugar lo mejor del realismo y pragmatismo con las posibilidades potenciadoras de las teorías de los juegos, simulacros y demás maravillas matematizables. A la larga ha sido el readvenimiento de realistas a lo Kissinger y a lo Brzezinski, y la desaparición del predominio mcnamarista.

El estudio de las Relaciones Internacionales (o cualquiera de las denominaciones que pueda dársele) está magníficamente iluminado por la decena de libros que aquí se presentan. El de Charles Reynolds, bien pedagógico, nos lleva de lo teórico a lo pragmático, de lo clásico a lo conductista, de lo histórico a lo institucional. Los tres libros que siguen—Morgan, Porter y James—pueden pasar como *readers* de la materia, abarcando el conjunto de los temas que esperamos en un manual de relaciones internacionales, con muy destacados autores cubriendo sus especialidades. Sin embargo, el de James se centra en el problema del orden internacional, aunque en algunos casos más parece cuestión de un fluido enfoque de conjunto que no quita autonomía expositiva a cada autor. En todo caso, el concepto de «orden» tiene su tratadista.

Se ha dicho, y es la verdad, que las Relaciones Internacionales es un monopolio americano. Lo fue en todo caso. Más acertado sería decir anglosajón. Los cuatro libros hasta aquí reseñados son británicos, lo mismo que el de Frankel. Sin embargo, Francia tiene el gran maestro Aron, y alguna que otra figura de menor relieve, si exceptuamos el campo de los estudios estratégicos, tan integrado en nuestra disciplina (o interdisciplina). Los manuales de Godinec y Merle pertenecen al género dirigido al estudiante para su formación teórica en la Universidad. Los enfoques son parecidos, independientemente de que uno tenga una palabra de más o de menos en el título. En este sentido son mucho más formalistas que el de Reynolds. Se centran en categorías, conceptos, instituciones, y apenas o nada en la vida internacional. Sin embargo, esto es correcto, dado que un manual de contadas páginas no puede hacer milagros. Sólo lecturas extensas, profundas y una atención permanente a las cambiantes circunstancias, un nivel de información adecuado y un interés vivo por parte del estudioso harán que el estudio de las Relaciones Internacionales sea algo dinámico y actual y no una mera colección de exotismo y conceptos plúmbeos para maravillar a algún que otro auditorio que no tiene nada mejor que hacer. De todas formas, el peso jurídico e institucional es excesivo en las obras de los dos franceses.

El libro de Deutsch, renombrado científico de la política, se hizo esperar mucho y decepcionó un poco. Con todo, tiene la virtud de ser relativamente breve, y dentro del conceptualismo, suficientemente vivo, con sus pizcas aquí y allá de escepticismo, exactamente lo que falta al estudiante y a tantos autores, siempre, o casi siempre, propensos a lanzar o hallar talismanes que resuelvan las cosas de una vez por todas. Frankel es un autor consagrado en el campo que tratamos. Si en un libro sobre el «interés nacional» fue capaz de complicar las cosas hasta el extremo de hacer confuso lo que tenía algo de claridad, en éste nos clarifica desde el conductismo cómo y por qué se mueven los actores internacionales privilegiados, los Estados, con una exposición sintética de la teoría internacional contemporánea.

El libro de Lozano Bartolozzi va destinado al sufrido estudiante de ciencias de la información, es decir, que sirve para hacer profesionales que

## RECENSIONES

nos informan. O nos informarán, si es que todavía aprende. Es un libro innecesariamente confuso, seudocomplejo, ante el cual el estudiante se perderá, pero si no se pierde, muy poco será lo que saque en limpio, y si algo saca en limpio, apenas le tendrá utilidad para su vida profesional. Cuando en vez de la realidad internacional se le suministran cosmos y galaxias, no extrañemos lo que luego tienen que tragar los sufridos lectores, a no ser, claro está, que el nuevo diplomado haya aprendido lo sustancial del oficio por su cuenta. Entonces, ¿para qué la información en la Universidad o donde sea?

Veámos al principio que la gran superstición, actualmente acorralada, pero no desaparecida, de ver el mundo a través del Derecho internacional, quedó desautorizada por la cruel realidad de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, si el mundo no puede ser ortopedizado por el Derecho, ni éste tiene por qué ser marioneta sistemática de las circunstancias, cabe pensar en cortar por un camino medio. Ahmed Skeikk, de una Universidad norteamericana, ve y constata el Derecho no como algo estático, sino que lo interpreta sociopolíticamente, relacionándolo con la conducta de las naciones en el contexto del sistema internacional. Es decir, imprimiéndole el dinamismo necesario para que no se divorcie de la cambiante realidad. Para el enseñante y para el típico internacionalista, éste constituye un libro de notorio interés.

Por último, Nutter nos presenta un breve esbozo de la obra y política del controvertido Kissinger, constituyendo las tres cuartas partes del espacio una antología sacada de textos kissingerianos, cobijada en once títulos. A partir de su publicación, Kissinger ha seguido hablando y actuando. Es lo suficientemente joven y dinámico para que, recuperado para la Universidad y la pluma, pueda ofrecernos su talento... y rectificar lo que tenga que rectificar. No todos los expertos han llegado a consejeros de príncipes, y menos a decisores políticos decisivos en la historia de nuestros desgarrados tiempos.

Tomás MESTRE

*The Military Balance 1977-1978*, London, The International Institute for Strategic Studies, septiembre de 1978, VIII + 110 pp.

Desde 1964 el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres ha venido publicando anualmente *The Military Balance*. Se trata de un informe sobre los efectivos militares y los gastos en defensa de los distintos países.

El Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres fue fundado en 1958 con la finalidad de estudiar la creciente complejidad de la seguridad en la era nuclear. En 1964, el Instituto pasó a ser internacional. En este sentido, en la actualidad su Consejo se compone de miembros de diversos países. Asimismo es internacional su personal y su financiación.

El Instituto tiene tres funciones principales. La primera es la investigación. Su finalidad es la aplicación política de los resultados. Normalmente se en-

## RECENSIONES

cuentran trabajando en proyectos específicos unos ocho investigadores, contratados por un año.

La segunda función es la información. Los principales instrumentos a este respecto son las bibliotecas del Instituto y sus publicaciones *The Military Balance*, *Strategic Survey*, *Survival* y la serie *Adelphi Papers*.

La tercera función es el debate. El Instituto celebra diversos seminarios y reuniones anuales. Asimismo celebra un Congreso anual y la Conferencia Alastair Buchan.

El supuesto subyacente en la tarea del Instituto es que la racionalidad es una aportación fundamental a la seguridad. En esa dirección se encaminan la investigación, la información y el debate.

El informe que aquí se comenta hace referencia a la situación existente en julio de 1977 en lo relativo a efectivos militares y gastos en defensa. En general, las cifras presentadas proceden de los respectivos Gobiernos. En los casos en que no se ha producido tal cooperación, el Instituto ha realizado las estimaciones oportunas.

En lo concerniente a la estructura del informe hay que señalar que, tras un prefacio, unas notas y una lista de abreviaturas, *The Military Balance* se divide en dos partes. La primera está dedicada a la presentación de los datos correspondientes a los distintos países y a los principales Pactos. La segunda incluye once cuadros y un análisis comparativo de la situación actual de la OTAN y el Pacto de Varsovia.

La primera parte se inicia con la presentación de los datos referentes a los Estados Unidos y a la Unión Soviética. Los dos países han modernizado, y expandido en algunos casos, sus efectivos militares dentro de los límites impuestos por el Acuerdo Provisional SALT («Strategic Arms Limitations Talks») de 1972 y las directrices para un segundo Acuerdo fijadas en Vladivostok en 1974. El Acuerdo provisional, que fijó un techo al número de ICBMs («Inter-continental ballistic missiles») y de SLBMs («Submarine-launched ballistic missiles»), expiró el 3 de octubre de 1977.

Los Estados Unidos han concentrado sus esfuerzos en mejorar la triada de ICBMs, SLBMs y bombarderos, así como en desarrollar nuevos sistemas para su despliegue en la década de los ochenta. La triada de los Estados Unidos ha alcanzado las 2.083 unidades, es decir, 200 más que en 1967. Sin embargo, esas unidades pueden transportar 11.000 cabezas nucleares, lo que supone el doble de la cifra de hace diez años. Por otro lado, con la introducción de los submarinos «Trident», las cabezas nucleares se aproximarán a las 14.000 en los primeros años de la próxima década.

En la Unión Soviética el número de ICBMs ha caído a 1.477, pero su precisión ha mejorado, acercándose a los niveles estadounidenses. Los SLBMs soviéticos han aumentado a 909, en 82 submarinos. Por otra parte, han continuado la producción del Backfire B y el desarrollo de nuevos ASMs (Air-to-surface-missiles). La triada soviética ha alcanzado las 2.521 unidades, frente a las 837 en 1967. Los soviéticos cuentan con 3.800 cabezas nucleares, cifra que podría llegar a 7.500 en los primeros años de la próxima década. Conviene recordar, a este respecto, que las cabezas nucleares soviéticas son más potentes que las estadounidenses.

Las fuerzas armadas estadounidenses cuentan con un total de 2.088.000 hombres, y las soviéticas, con un total de 3.675.000 hombres. A mediados de la década de los sesenta, ambos países contaban con un total de tres millones

## RECENSIONES

de hombres. Por otro lado, conviene recordar que el número de tanques soviéticos ha pasado a ser de 43.000, frente a los 34.000 de 1967.

El gasto en defensa de los Estados Unidos, en el período considerado, ha sido de 109,7 miles de millones de dólares. En lo relativo a la Unión Soviética, las diversas estimaciones realizadas oscilan entre los 103 y los 140 miles de millones de dólares.

A continuación se presentan los datos relativos a los países del Pacto de Varsovia y de la OTAN. El Pacto de Varsovia se firmó en esta ciudad el 14 de mayo de 1955 como Tratado de Amistad, Ayuda Mutua y Cooperación entre la Unión Soviética, la República Democrática Alemana, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania. A partir de 1961, Albania dejó de participar en sus actividades y el 13 de septiembre de 1968 anunció formalmente su retirada del Pacto con motivo de la invasión de Checoslovaquia. En virtud del artículo 4 del Pacto de Varsovia, los Estados signatarios se comprometen a proporcionarse ayuda inmediata en caso de agresión armada en Europa contra uno de ellos.

El Tratado del Atlántico Norte fue firmado el 4 de abril de 1949 en Washington entre los Estados Unidos, Canadá, Noruega, Dinamarca, Reino Unido, Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo, Francia, Italia, Islandia y Portugal. En 1952 ingresaron Grecia y Turquía y en 1955 la República Federal Alemana. Las obligaciones del Tratado son algo vagas. En este sentido, la estructura de la OTAN se ha ido desarrollando en sucesivas conferencias internacionales. En todo caso, el Tratado del Atlántico Norte es un tratado de carácter defensivo, por el que los Estados signatarios se comprometen a ayudarse mutuamente en caso de ataque armado contra el territorio, naves, aeronaves o fuerzas militares de uno de ellos situadas en la zona del Tratado. La zona a la que se extiende el Tratado abarca la Europa occidental (incluida Turquía), Norteamérica y las islas y espacios marítimos situados al norte del Trópico de Cáncer. Finalmente se puede señalar que en 1966 Francia se retiró del Mando Militar Unificado, aunque ha continuado participando en otras instituciones de la Organización.

Posteriormente se presentan los datos correspondientes a otros países europeos, como Albania, Austria, Irlanda, Finlandia, España, Suecia, Suiza y Yugoslavia. En lo concerniente a España tienen especial interés los siguientes datos:

- Población: 36.396.000.
- Servicio Militar: dieciocho meses.
- Total de fuerzas armadas: 309.000 hombres (217.000 en el servicio militar obligatorio).
- Producto Nacional Bruto estimado de 1976: 101,2 miles de millones de dólares.
- Gasto en defensa de 1976: 147,8 miles de millones de pesetas.

Los efectivos humanos de las fuerzas armadas de España se distribuyen de la siguiente forma:

- Tierra: 220.000 (178.000 en el servicio militar obligatorio).
- Marina: 48.000 (30.000 en el servicio militar obligatorio).
- Aire: 41.000 (9.000 en el servicio militar obligatorio).



## RECENSIONES

A estas cifras hay que añadir las fuerzas paramilitares, que se distribuyen de la siguiente manera:

- Guardia Civil: 65.000.
- Policía Armada: 38.000.

Seguidamente se presentan los datos referentes a los países del Oriente Medio y del Mediterráneo. Los países incluidos son: Argelia, Bahrain, Egipto, Irán, Irak, Israel, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Marruecos, Omán, Qatar, Arabia Saudita, Sudán, Siria, Túnez, Emiratos Arabes Unidos, República Arabe del Yemen y República Democrática Popular del Yemen. Asimismo, se hace mención a los Acuerdos militares del área, como, por ejemplo, la CENTO.

A continuación se presentan los datos relativos a los países del Africa subsahariana. Los países analizados son: la República Popular de Angola, la República Popular del Congo, Etiopía, Ghana, Kenia, Mozambique, Nigeria, Rhodesia, Senegal, República Democrática de Somalia, Africa del Sur, Tanzania, Uganda, República del Zaire y Zambia. Asimismo, se presenta un cuadro con 19 países de menor importancia militar. Por otra parte, se reseñan los Acuerdos militares del área, como puede ser el Tratado de Defensa entre Kenia y Etiopía de 1963.

Posteriormente, se presentan los datos correspondientes a los países de Asia y Australasia. En primer lugar, se estudia China, y tras ella, Afganistán, Australia, Bangla-Desh, Brunei, Birmania, Taiwán, India, Indonesia, Japón, Camboya, República Democrática de Corea, República de Corea, Laos, Malasia, Mongolia, Nepal, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Singapur, Sri Lanka, Thailandia y República Democrática de Vietnam. Asimismo, se describen los Acuerdos militares del área, como, por ejemplo, la SEATO.

Finalmente, se presentan los datos referentes a los países de América Latina. Los países incluidos son: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Honduras, Méjico, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. Asimismo, se presenta un cuadro con cinco países de menor importancia militar. Como en anteriores apartados, se señalan los principales Acuerdos militares del área, como puede ser el Acta de Chapultepec de 1945.

La segunda parte se inicia con la presentación de 11 cuadros. En los cuadros 2, 3 y 11 se incluye a España. El cuadro 2 está dedicado a la comparación de los gastos en defensa en el período 1974-77. El gasto en defensa de España en 1977 fue de 2.154 millones de dólares, lo que supuso un gasto en defensa «per cápita» de 59 dólares y el 15,3 por 100 del Gasto Público. En el cuadro 3 se comparan los efectivos humanos militares en el período 1973-77. En España estos efectivos comprenden el 4,5 por 100 de los hombres entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años. El cuadro 11 reseña los principales acuerdos de suministro de armamento. En el caso de España se citan uno con Suiza (sistema de defensa aérea «Skyguard») y otro con los Estados Unidos («5 AV-8A» y «5 C-130H»).

Esta segunda parte concluye con un análisis comparativo de la situación actual de la OTAN y el Pacto de Varsovia. Este análisis es cuantitativo y estático y sólo aborda los aspectos militares. En este análisis se analizan,

## RECENSIONES

por otra parte, las negociaciones MBFR (Mutual and Balanced Force Reductions) iniciadas el 30 de octubre de 1973.

En lo concerniente al estilo de este informe, conviene hacer constar que en él se utiliza un lenguaje muy denso, lleno de tecnicismos y abreviaturas. Sin embargo, hay que subrayar que se trata de un informe de fácil consulta debido a la lista de abreviaturas y a las notas aportadas.

En conclusión, *The Military Balance* es un informe sobre los efectivos militares y los gastos en defensa de los distintos países destinado a la consulta y de gran utilidad. Esto, junto al interés del tema analizado, explica su amplia difusión internacional.

SANTIAGO CHAMORRO Y GONZALEZ-TABLAS

KARL KAISER y HANS-PETER SCHWARZ (Ed.): *Amerika und Westeuropa*. Stuttgart y Zürich, 1977, Belser Verlag, 406 pp.

La situación en Europa pasó, desde 1945, por varias fases en sus relaciones con Norteamérica. En primer lugar, una vez puestas las bases de reconstrucción mediante el Plan Marshall, la URSS consolida su presencia en el sector centroeuropeo (1945-48) procurando extender su poder a los países de Europa occidental (bloqueo de Berlín 1948-49), hecho que obligaría a los Estados Unidos a comprometerse seriamente en los asuntos europeos para defender las libertades de las viejas (Francia y Gran Bretaña) y nuevas democracias liberales (Alemania e Italia), poniendo, en los años cincuenta, los cimientos políticos y estratégicos con el fin de agrupar, en torno a los mismos fines, a las naciones del norte del Atlántico: Europa occidental junto a los Estados Unidos y Canadá, con los que se forma un triángulo de toda la zona norte del globo al contarse, también, con la presencia del Japón en el concierto internacional antitotalitario.

Veintitrés autores, incluyendo a los editores, intervienen en la composición de la presente y voluminosa obra sobre las relaciones América-Europa. Es el principal problema, ya que localizándolo en su estructura y contenido pueden determinarse los rasgos y tendencias del futuro desarrollo de las mismas. Por cierto, hasta ahora, se han descubierto aquellos factores que acompañaron las fases de transformación y al mismo tiempo la línea de continuidad.

De gran importancia es la irrupción en la escena internacional de la actual crisis económica, de la agudización de las diferencias entre el Norte (rico) y el Sur (pobre), del factor petróleo y de otros fenómenos que ejercen una considerable influencia en las relaciones Este-Oeste. Como consecuencia de todo este complejo problema, los regímenes totalitarios más bien aumentan que decrecen. La carrera armamentista prosigue su ritmo. La tierra es un enorme arsenal de toda clase de armas, dispuestas a entrar en acción en cualquier momento. Los Estados Unidos han perdido gran parte de su prestigio por la guerra de Vietnam, hecho que permite a los países comunistas afianzar sus posiciones frente al Oeste y el Tercer Mundo. Además, sólo la URSS alcanza y hasta se adelanta a los EE. UU. en el potencial bélico

## RECENSIONES

con vistas a un posible conflicto armado del que saldría victoriosa. En los tiempos de paz, este factor le ofrece un amplio campo de acción política maniobrando a expensas del Occidente.

No menos problemático es el peso que amenaza a algunos gobiernos de los Estados miembros de la OTAN en forma de los partidos comunistas (Italia, Francia y posiblemente también España en caso de entrar en la alianza) minando, por consiguiente, la confianza en el sistema de seguridad colectiva. El eurocomunismo es un nuevo espectro que se cierne sobre Europa; en el fondo, nadie cree en su ruptura con el marxismo-leninismo de impregnación soviética. El Kremlin lo condena y al mismo tiempo lo tolera y hasta fomenta a través de relaciones bilaterales entre PC.s. Lo cierto es que en ninguna de sus actuales formas (renuncia, en parte, a la lucha de clases dentro del orden democrático) se presenta como factor constructivo.

La década sesenta acusa un decaimiento del aspecto positivo en el desarrollo de las relaciones entre los «partners» de ambos lados del Atlántico; sin embargo, con Gerald Ford empezaron a vislumbrarse nuevas perspectivas de colaboración. Con la elección de Jimmy Carter como presidente norteamericano se aporta un nuevo impulso en este sentido, imponiéndose un nuevo estilo de pensamiento internacional y de solidaridad. Lo decisivo es que siga fortaleciéndose la coherencia y cooperación frente a presiones exteriores. La voluntad común de defender sus derechos y libertades contra cualquier intento de violarlos. Si en la década cincuenta existía una generación de políticos y estadistas de categoría de Acheson, Marshall, Monnet, Bevin, Clay, Schuman y Adenauer o De Gasperi, se espera que para los años ochenta surjan nuevos protagonistas de la alianza atlántica y de la integración europea. El afán de unidad y de superación pueden abrir nuevos caminos euroamericanos hacia metas alcanzables sobre los presupuestos de un realismo ponderado y equilibrado entre los componentes de los procesos de cambio o de continuidad.

Es preciso admitir que no existe, aún, un poderoso factor integrador que hubiera nacido de unas guerras o amenazas exteriores inminentes (unificación estadounidense o alemana en el siglo XIX o el caso de Suiza), pero es innegable que debido al proceso europeo de unificación surge una nueva entidad que representa algo más que una suma de partes integrantes. La base es el consenso y el compromiso, para llegar a la condición de «partners» y colaboración solidaria.

Los autores de los respectivos análisis, procedentes de las dos orillas del Atlántico (norteamericanos, ingleses, franceses y alemanes), son conscientes de que la actual constelación en Europa occidental es más vulnerable que a la salida de la década cuarenta. No obstante, existen presupuestos reales para no dejarse arrastrar por el pesimismo. Intuitivamente se cree en la recuperación del prestigio y del papel líder en la comunidad atlántica por Washington. Por otra parte, al afrontar las democracias industriales del Occidente las tareas y funciones del futuro, hay que llegar a una política concertada, a pesar de que son viables las diferencias entre las necesidades y las posibilidades de acción. Aún así, salta a la vista, entre todos los 23 autores, la convicción de considerar como factor positivo y estimulante la utilidad, la necesidad y la posibilidad de una política comunitaria, en la que la cultura desempeñaría un papel de puente o de conexión entre distintos aspectos integradores.

## RECENSIONES

Entre las cuestiones abordadas figuran las de carácter psicológico e interhumano, económico, político y estratégico, así como las estructurales del sistema occidental de Estados o regímenes políticos, o formas de Gobierno. En primer lugar, es el triángulo formado (o a formar) por la Comunidad Europea, Norteamérica y el Japón, desde el punto de vista de la política mundial. En segundo lugar, es el problema de la CE dentro de la responsabilidad global y, en tercer lugar, las relaciones USA-CE y las potencias europeooccidentales, con especial interés entre Washington y Bonn. Por supuesto, se quiere contar, asimismo, con una función constructiva del Canadá.

Aparte el aspecto histórico, la obra intenta, a veces desde unas posiciones puramente subjetivas, ofrecer un cuadro sólido de instrumentos para proseguir la gran, útil y necesaria empresa de colaboración atlántica entre todos sus componentes, así como frente a terceros Estados. Cuatro parecen ser las exigencias fundamentales para ser tenidas muy en cuenta: 1) Las dificultades económicas que azotan a las democracias industriales. 2) Las tendencias de desintegración en la Comunidad Europea. 3) La autoconfirmación frente a la Unión Soviética. 4) La nueva estructuración de las relaciones con los Estados independizados recientemente o los países en vía de desarrollo, que son, principalmente, los del Tercer Mundo.

STEFAN GLEJDURA